

VARIEDADES.



La novela de la distinguida y laureada escritora doña Mercedes Cabello de Carbonera, á cuya publicación damos hoy principio en las páginas del «Ateneo» acaba de aparecer engalanando, como folletín, las columnas de un periódico literario de Madrid, mereciendo justos encomios de los literatos españoles. A nuestro juicio, *Eleodora* es una de las más correctas é intencionadas novelas que han salido de la elegante pluma de la aplaudida autora de *Sacrificio y Recompensa*.

ELEODORA.

AL EMINENTE TRADICIONISTA D. RICARDO PALMA.

I.

Un padre tirano y una hija desgraciada, que amaba ocultamente á un mozalbete de baja estofa, eran el obligado tema de las novelas lacrimosas y de los dramas de capa y espada con que nuestros abuelos recrearon sus largas y desocupadas horas.

Sin tener esta historia nada del sentimentalismo de las primeras, ni mucho menos de los desafueros de los segundos, vamos á principiarla presentando un padre de muchas campanillas y una hija que ocultamente ama á un joven que, aunque de oscuro linaje, dista tanto de ser el tipo del apasionado y rendido amator de antaño, como dista la esplendorosa luz con que hoy nos alumbramos de aquellos pobres mecheros á cuya agonizante claridad diz que rondaban nuestros abuelos á la dama de sus amores.

Lo que de un lado hemos ganado, hémoslo perdido de otro.

La rígida y austera figura del padre de familia que extendía, como dice Larra, la mano más besada que reliquia vieja, para

que una vez más la besaran sus hijos, háse tornado en la risueña y simpática figura del amoroso papá que besa á sus hijos y bromea con ellos, ni más ni menos que si fuera de la misma edad.

En cambio al amante, triste y lacrimoso como una noche de invierno, impetuoso como el Océano é inquebrantable como la roca, ya no lo vemos sino en los libros que nos hablan de los tiempos de Epaminondas.

Una jóven espiritual, hablándonos de la inconstancia de los hombres, decíanos:—Hoy todos son, poco ó mucho, algo baironianos; todos como el poeta inglés cantan «*A la única mujer que pueden amar,*» después de haber recorrido desde la panadera veneciana que iba á que un memorialista le escribiera cartas para el poeta, por no saber ella escribir, hasta la encumbrada dama que lo esperaba en régia alcoba, atestada de los recuerdos de nobles antepasados.

Y poniendo punto final á esta corta digresión, daremos á conocer al señor D. Cosme de Alvarado, magnate acaudalado y de alta alcurnia, de aquéllos que, después de más de media centuria del advenimiento de nuestras instituciones republicanas, todavía pretenden oler á rancios pergaminos, cuya antigüedad decía D. Cosme que se elevaba hasta el mismísimo D. Pedro el Cruel.

El Sr. Alvarado era tan austero de semblante y tan estirado de figura, que bien hubiera podido servir de cariátide en el catafalco de un oficio fúnebre.

Casado á la antigua española, es decir, convencido de que el matrimonio es un sacramento que no es dado violarlo ni aún con el pensamiento, había vivido en paz y concordia con la señora Luisa, matrona de bellas cualidades y noble corazón.

La familia, compuesta sólo de los dos esposos y una hija que, al decir de los amigos de la casa, era «la niña de los ojos de sus padres,» llevaba vida austera, retraída de toda suerte de distracciones.

En el agitado movimiento de un pueblo que sigue el impulso civilizador, ellos vivían en la alegre y bulliciosa ciudad de los Reyes, como si habitaran el Arca Santa de bíblica tradición.

La señora y su hija oían todas las mañanas la infalible misa de ocho en la iglesia de San Pedro; y por la tarde, á las oraciones, toda la familia reunida rezaba devotamente el rosario.

A las ocho de la noche, el señor y la señora, en compañía de dos amigos más, tan tiesos y encopetados como él, jugaban una *manita* de *rocambor*, de á centavo apunte. Esta era una innovación de las pocas que habían tomado carta de ciudadanía en las